

LA ISLA DE COZUMEL

Isidro R. Gondra*

San Miguel de Cozumel es una isla del mar de las Antillas, cercana a la costa oriental de la península de Yucatán, de la que dista cuatro leguas. Tiene de largo de doce a catorce y cuatro o cinco de ancho. Su latitud norte es de 20° 30' y su longitud oeste 83° 28'.

Esta isla se ha hecho notable en la época anterior a la conquista por su influencia religiosa en todas las costas cercanas. No lo ha sido menos en la época del descubrimiento del continente por las relaciones de Fernández de Córdoba, de Grijalba y de Cortés. Y finalmente, después de la conquista ha llamado la atención porque siendo el primer punto que ocuparon los españoles, uno de los más poblados, y cuyas calles, edificios y construcciones presentaron desde luego la idea de un pueblo antiguo y civilizado, su destrucción ha sido la más completa y su despoblación tan extrema que ha llegado a quedar completamente desierta. Sin embargo, en estos últimos años ha merecido las curiosas investigaciones de algunos viajeros, tan ilustrados como M. Stephens.

Los padres Lizama y Cogolludo, que son los primeros y acaso los más minuciosos historiadores de Yucatán, aseguran que en lo antiguo la isla se llamaba Acuzamil, porque en su centro se encontraba un gran santuario adonde venían en peregrinación no solo los habitantes de toda la península, sino los de Tabasco, Chiapas y Guatemala, a cuyo efecto habían construido dilatadas calzadas y sólidos caminos, siendo el más notable uno que se dirigía desde el pie de la pirámide principal hasta el mar, para que, sin riesgo de perderse, como dice Cogolludo, llegasen al templo a cumplir sus promesas, a tributar sus ofrendas, a hacer sus sacrificios, a pedir el remedio a sus necesidades o a consultar los oráculos de sus deidades falsas. Entre las tradiciones conservadas a la época de la conquista, apenas merecen mencionarse una que otra, pues la inverosimilitud del resto haría inútil y fastidiosa cualquiera relación.

Se habla de un convento de monjas del que nunca querían salir, permaneciendo vírgenes, y cuyos retratos o estatuas, que se conservaban después de su muerte, llegaban a ser adoradas como diosas; y aún se conservaba el nombre Zuhuy Kok, esto es, fuego virgen, a la que estaban encomendadas las educandas de aquel monasterio, y a la que ofrecían sus sacrificios.

Adoraban por dioses a sus reyes difuntos, siendo los más notables el de la guerra, que se distinguía por una flecha y se llamaba Ahhulané o Akhulneb, y el patrón principal del gran templo, cuya visita causaba la peregrinación hasta aquella isla. Se dice

* Gondra, Isidro R., «La Isla de Cozumel», *El Álbum Mexicano*, I (1849), pp. 238-239. II. (Escrito para *El Álbum*) https://books.google.es/books?id=G7QsAAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_gesnummary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

Hay referencias a esta isla de Cozumel en *Registro Yucateco. Periódico literario redactado por una sociedad de amigos*. Mérida de Yucatán: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846, vol. 3 (firmado M. F. P.).

que era muy distinto de todos los demás y de una figura extraña, de enorme tamaño, de barro cocido, hueco y pegado a la pared con cal. A sus espaldas había una especie de sacristía, con una pequeña puerta oculta, por donde entraba alguno de los sacerdotes, y desde allí respondía a las preguntas y demandas que le dirigían los peregrinos. Creían los miserables alucinados, dice Cogolludo, que el ídolo les hablaba y no dudaban de lo que les decía, por lo que lo veneraban más que a los otros, le hacían cuantiosas ofrendas y le sacrificaban aves, perros y aun a veces hombres, siendo muy grande el concurso de todas partes y la multitud de los que venían a consultarle y a solicitar remedio en sus aflicciones y cuidados.

Cozumel hace un papel muy importante en la época de la conquista. Poco podríamos decir de los descubrimientos de Colón y de Córdoba, que pisó aquella isla, conducido por el piloto Juan Alaminos, en 1517, el que ya había acompañado a Colón en su cuarto viaje cuando reconoció la isla de Guanaja; pero sí podríamos decir mucho sobre el *Viaje* de Juan de Grijalva, capitán general de la flota del rey de España habilitada por don Diego Velázquez, publicado en italiano en Venecia, en 1522, y después en francés por los señores Ternaux-Compans en su *Colección de viajes y relaciones de América*, en el tomo décimo; y lo mismo del de Hernán Cortés, si los límites de este artículo nos lo permitiesen.

Diremos solamente, sobre su estado actual, algo de lo que refiere el célebre viajero M. Stephens, quien dice que el primer objeto que llamó su atención en Cozumel fue una fuente de agua pura y cristalina, cuya construcción denota desde luego su antigüedad e indica bastante haber sido obra de las mismas manos que construyeron la antigua ciudad de Uxmal. La fuente se encuentra en una gruta o caverna, con su bóveda y correspondiente cúpula, más ancha a la entrada que en el interior.

A primera vista se notan los restos de muchas construcciones de oratorios o templos, siendo la pirámide principal el objeto de los cultos y el término de la peregrinación de los antiguos habitantes de todo Yucatán, para los que, como Roma con respecto a los cristianos, era su orbe católico.

En medio de una vegetación exuberante de árboles seculares, se advierten todavía muchos vestigios de la antigua población. Uno de ellos se ve a cerca de doscientos pies de la playa, por encima de los árboles de los bosques que se acercan a la costa. Es una pirámide situada sobre un terraplén, con escaleras a los cuatro lados, y cuya base es dieciséis pies cuadrados; tiene cuatro puertas que miran a los cuatro puntos cardinales. El exterior es de piedra labrada, y se conoce que estaba cubierto de estuco y adornado de pinturas, cuyos vestigios se ven todavía. Las puertas dirigen en el centro, por un corredor estrecho de veinte pulgadas, a un cuarto de ocho pies y seis pulgadas de largo, con cinco pies de ancho.

A seiscientos pies de la playa se encuentra otro edificio levantado encima de un terraplén, y sobre él una pieza de veinte pies de frente y dos varas, diez pulgadas de profundidad; tiene dos puertas y una pared atrás de siete pies de espesor. Hasta la bóveda, que es triangular, hay tres varas y media de altura. Sobre las paredes se reconocen también vestigios de pinturas.

En la parte más espesa de la selva, detrás de los edificios mencionados, hay otra ruina no menos interesante. Es una iglesia construida después de la llegada de los es-

pañoles: su largo es de doscientos pies, y su ancho de setenta. La pared del frente ha caído enteramente; pero las de los lados conservan todavía la altura de siete varas. Queda también alguna parte de la obra de yeso y a lo largo una línea de adornos pintados. La parte interior está llena de las ruinas, de las bóvedas y cubierta de zarzales; un árbol ha crecido en medio del altar mayor, y todo presenta una escena de lamentable destrucción. La historia de esta iglesia no es menos oscura que la de los templos arruinados, *o cues* (de la palabra maya *cu*, que significa *Dios*), cuyo culto suplantó. Cuando se edificó y por qué se abandonó, como también su verdadera existencia, son cosas que enteramente se ignoran, pues no hay memoria ni tradición alguna, y sería infructuosa hoy cualquiera tentativa para investigar su historia, no quedando sino la idea de la vanidad de las empresas humanas y de la ignorancia de los conquistadores acerca del valor de las regiones descubiertas en América.

Cogolludo solo encontró la tradición de que en Cozumel estaba el supremo santuario, adonde no solo los moradores de esta isla, sino los de tierras muy distantes, concurrían a la adoración de los ídolos que en ella veneraban; lo que comprueba con los vestigios de las calzadas que atraviesan no solo a Cozumel, sino a todo Yucatán, siendo muy notable la que llega hasta la playa del mar, por el punto donde un brazo de él divide a esta isla de la península de Yucatán. En otra parte dice: «Estas calzadas eran como caminos reales, que guiaban sin recelo de perderse en ellos, para llegar a Cozumel, al cumplimiento de sus promesas, a las ofrendas de sus sacrificios, a pedir el remedio de sus necesidades y a la errada adoración de sus dioses fingidos».

Cozumel, finalmente, se ha hecho célebre por el descubrimiento que hicieron los conquistadores en el expresado santuario de una cruz de piedra, que ocupa en los anales de Cogolludo y de Lizama muchos capítulos. Esta cruz se encuentra ahora en el convento de franciscanos, llamado la Mejorada, en Mérida, capital de Yucatán, adonde fue conducida probablemente por algún piadoso religioso cuando se des pobló esta hermosa isla.



Fig. 6. *San Miguel, isla de Cozumel*, p. 238.**

** La ilustración que se inserta en *El Álbum Mexicano* reproduce la publicada en 1846 en el *Registro Yucateco*.